

Deborah Levy

**Nadando a casa**

Traducción del inglés de  
Susana de la Higuera Glynne-Jones

**S**iruela

Nuevos Tiempos

*A Sadie y Leila,  
tan queridas, siempre*

«Cada mañana en cada familia, hombres, mujeres e hijos, *si no tienen nada mejor que hacer*, se cuentan sus sueños unos a otros. Todos estamos a merced del sueño y tenemos la obligación de someternos a su poder en el estado de vigilia».

*La Révolution Surréaliste*, n.º 1, diciembre de 1924

# **Alpes Marítimos, Francia**

Julio de 1994

### *Una carretera de montaña. Medianoche*

Cuando Kitty Finch levantó la mano del volante y le dijo que lo amaba, él ya no sabía si ella lo estaba amenazando o si estaba conversando con él. El vestido de seda le cayó por los hombros cuando se inclinó sobre el volante. Un conejo cruzó la carretera a toda velocidad y el coche dio un bandazo. Se escuchó a sí mismo decir:

—¿Por qué no haces la mochila y te vas a ver los campos de amapolas en Pakistán como dijiste que querías hacer?

—Sí —respondió ella.

Percibió un cierto olor a gasolina. Las manos de la joven cayeron sobre el volante como las gaviotas que habían contado desde la habitación del hotel Negresco dos horas antes.

Ella le pidió que abriera la ventana para poder escuchar cómo los insectos se iban llamando unos a otros en el bosque. Él bajó la ventanilla y le pidió, con calma, que no apartara los ojos de la carretera.

—Sí —respondió de nuevo, con la mirada puesta otra vez en el asfalto.

Entonces comentó que las noches siempre eran «suaves» en la Riviera francesa. Los días eran duros y olían a dinero.

Él sacó la cabeza por la ventana y sintió el gélido aire de la montaña cortándole los labios. Los primeros seres humanos habían vivido antaño en ese bosque convertido ahora en carretera.

Sabían que el pasado vivía en las rocas y en los árboles, y sabían que el deseo los volvía torpes, locos, misteriosos y confusos.

Haber intimado tanto con Kitty Finch había sido un placer, un dolor, una conmoción, una experiencia, pero, sobre todo, había sido un error. Volvió a pedirle que por favor, por favor, por favor condujera con cuidado y le llevara de vuelta a casa junto a su mujer y su hija.

—Sí —dijo ella—. La vida solo merece la pena porque tenemos la esperanza de que irá a mejor y de que todos llegaremos a casa sanos y salvos.

**Sábado**